



Religaciones hispano-americanas en torno del 98: los usos de *La Tempestad* en el Modernismo (Darío y Rodó)¹

Florencia Bonfiglio
IdIHCS (UNLP – CONICET)

Resumen

Con el ‘Desastre’ del 98, la reacción antiimperialista del Modernismo implicó una revisión de sus afiliaciones culturales. Como se sabe, han sido frecuentes las críticas al hispanismo y al latinismo desplegadas en la escritura modernista en tanto síntomas de un persistente ‘colonialismo’. Este trabajo analiza las relaciones establecidas entre los escritores latinoamericanos y españoles a partir de la Derrota del 98 –las cuales eran promovidas a su vez por el Hispanismo peninsular desde los festejos del IV Centenario en 1892– y el modo en que los Modernistas piensan los lazos con España ante una situación que confirmaba la hegemonía sajona y la ‘decadencia latina’. En este contexto la lectura ‘antiimperialista’ de *La Tempestad* de Shakespeare (“El triunfo de Calibán” de Darío, el *Ariel* de Rodó) se transforma en un poderoso fenómeno de religación en torno del cual se debaten las relaciones con la ex-Madre Patria. Para los modernistas, según nuestra lectura, la unión con la intelectualidad hispana implicaba el fortalecimiento de un sistema literario común en el mercado internacionalizado de la letras. En tal sistema, resultaba evidente hacia el fin de siglo el liderazgo de Darío y la posibilidad de que los latinoamericanos compitieran con los españoles en pie de igualdad.

Palabras-clave: Modernismo – 98 – religación hispano-americana – *Ariel/Calibán*

¹ Este artículo es una versión ampliada de la ponencia que presenté en el IX Congreso Argentino de Hispanistas “El Hispanismo ante el Bicentenario” (La Plata, 27-30 de abril del 2010) bajo el título “*La Tempestad* del Modernismo (Darío y Rodó): un (pre) texto para la religación latinoamericana a partir de la derrota de España”.

Olivar N° 14 (2010), 71-91.

Abstract

With the ‘Disaster’ in 1898, Latinamerican Modernism’s anti-imperialist reaction involved the revisión of its cultural affiliations. As is well known, the Hispanism and Latinism deployed in Modernist writing have been frequently criticized as symptoms of a persistent ‘colonialism’. This paper analyzes the relationships established between Latinamerican and Spanish writers from the 98 Defeat on –which were in turn promoted by peninsular Hispanism since the 400th Anniversary Festivities in 1892– and the way in which Modernist writers, faced with a situation that confirmed Saxon hegemony and ‘Latin decadence’, reconsider the links with Spain. In this context the anti-imperialist reading of Shakespeare’s *Tempest* (Darío’s “El Triunfo de Calibán” and Rodó’s *Ariel*) becomes a powerful relinking phenomenon around which the relationships with the former ‘Mother Land’ are debated. For Modernist writers, according to our reading, the union with Spanish intellectuals entailed strengthening a common literary system in the internationalized literary market. In such a system, Darío’s leadership by the turn of the century and the possibility for Latinamericans to compete on a par with the Spanish were becoming self-evident.

Keywords: Modernism – 98 – Hispanic-American relinking – Ariel/Caliban

1. De Españas ancianas y juventudes sanas y nobles: las afiliaciones del Modernismo

Tócanos reivindicar el crédito, que tanto hemos contribuido a minorar, de la familia española. De hecho, la importancia de nuestro idioma no se toma en cuenta ni aun en Francia; y en el mundo anglosajón principia a generalizarse la idea de que “el castellano está moribundo”.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, “ARIEL”, CUBA LITERARIA,
SANTIAGO DE CUBA, 12 ENERO 1905

Remendar los lazos con España, reconciliar a la familia española, repensar los beneficios de la afiliación: son éstas las exhortaciones que Henríquez Ureña parece leer en el *Ariel* (1900) de Rodó. Frente a la de-

cadencia y la debilidad que los otros nos endilgan, la confianza en el idioma compartido es una *fe en el porvenir*, y ésta, según la enseñanza fundamental del uruguayo, “credo de toda juventud sana y noble” que “debe ser nuestra bandera de victoria”. Para Henríquez Ureña tanto “el rápido desenvolvimiento material de los grandes Estados de nuestra América” como “las notas de nuestra labor intelectual [que] principian a escucharse en el concierto del mundo” permitirán revertir “la creencia en un continente irremediamente *enfermo*” (1978 [1905]: 331). Toca entonces a la *sana y noble* juventud reconvertir a la familia en una comunidad afiliada en la defensa de la lengua común. En 1905, el mismo año en que Henríquez Ureña publicaba su comentario sobre *Ariel*, Rubén Darío lanzaba sus *Cantos de vida y esperanza*, aunque éstos se llenaran de duda e incertidumbre. El poema “Los Cisnes” que el nicaragüense dedica al joven Juan Ramón Jiménez, está signado por la interrogación sobre el destino de esa familia lingüística, “¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?/ ¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?/ ¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?/ ¿Callaremos ahora para llorar después?”. (Darío, 1985: 263) Ante la avanzada imperialista de los Estados Unidos, Darío reclama a los cisnes el reconocimiento, el otorgamiento de crédito a su instrumento poético: “A vosotros mi lengua no debe ser extraña... / A Garcilaso visteis, acaso, alguna vez... / Soy un hijo de América, soy un nieto de España... / Quevedo pudo hablaros en verso en Aranjuez...”. (Darío, 1985: 263) La experiencia del 98, traducida en una reacción antiimperialista que aunaba a los latinoamericanos frente a un enemigo político, económico y cultural común, propiciaba una revisión de los lazos parentales con la ‘Madre Patria’.

De hecho, esos lazos se habían reformulado desde la renuncia de la Corona española a las pretensiones de reconquista en 1866, a partir de la cual Hispanoamérica mitigaría paulatinamente la virulencia de su rechazo a España, aunque, como señala Susana Zanetti, “complicaron el restablecimiento de relaciones la guerra en Cuba y Puerto Rico, además de otros episodios bélicos”. Por otra parte, como también puntualiza la autora, si la independencia política implicaba para los hispanoamericanos la intelectual, nunca serían bien vistas las pretensiones españolas de hegemonía literaria y cultural, ni los planteos de puristas y tradicionalistas a favor del casticismo lingüístico”. (Zanetti, 1995: 527). Los debates en torno del idioma nacional o la ‘lengua americana’ fueron múltiples y variados,

pero hacia el fin de siglo el movimiento liderado por Darío, su propia revolución del instrumento literario, ponía en evidencia no sólo el éxito de un manejo ‘cosmopolita’ de la lengua (a partir del tan cuestionado ‘galicismo mental’) sino el hecho de que era imposible sostener la preponderancia intelectual de España. El modernismo había comenzado a apropiarse de otros modelos, pero sobre todo continuaba mirando hacia Francia como lo habían hecho los letrados independentistas en busca de las luces y el progreso.

Con el desenlace del 98, la Madre Patria confirmaba su postración pero a la vez ésta venía a legitimar los diagnósticos de la decadencia general del orbe hispánico y latino frente a la “superioridad de los anglosajones”.² En el caso particular de los jóvenes modernistas, esta coyuntura acrecentaba sus temores de que, según la formulación de Henríquez Ureña, se generalizara la idea de un ‘moribundo’ castellano. Y el castellano era nada más y nada menos que el instrumento del trabajo intelectual latinoamericano, pero también, claro, del trabajo intelectual de aquellos quienes como Juan Ramón se afirmaban ya del otro lado del océano como discípulos de Rubén Darío: *¿Callaremos ahora para llorar después?*

Todo lo contrario. Los latinoamericanos se aunaron en la protesta y establecieron contactos más estrechos con la intelectualidad española, los cuales venían fortaleciéndose desde algunos años atrás. La Celebración de 1892 del IV Centenario del ‘Descubrimiento’ había sido un evento religador, contribuyendo al intercambio entre escritores y al temprano conocimiento de Darío en la Península, quien fue enviado como representante de su país a los festejos. Esta religación, empero, había sido especialmente promovida por el aparato estatal español y se sustentaba en una ideología conservadora que, a través del discurso “hispanista” –la unión de España y sus hijas americanas por raza, religión e idioma– y la reivindicación de las glorias pasadas, pretendía mantener a Latinoamérica bajo su dominio. Como bien explica César Núñez (2007: 148), se trataba de un discurso que, aún antes de la pérdida de los últimos territorios coloniales, y ante la dificultad de recuperar ya el poderío político,

² Entre 1895 y 1900 aparecieron varios libros que denunciaban o presagiaban la decadencia latina y el triunfo de lo sajón o eslavo, por ejemplo, *A quoi tient la supériorité des anglo-saxons* (1897) de Desmolins. (Cfr. Real de Azúa 1950: 35).

identificaba una gran “familia” hispánica en “una esfera más amplia” y “espiritual”, pero que no ocultaba pretensiones de intercambio comercial. Juan Valera, uno de las figuras más destacadas de la religación hispano-americana, era, como apunta Núñez, el director del órgano oficial organizador del evento, la revista ilustrada *El Centenario*. Tomo prestada la cita del editorial del primer número:

Nuestras miras en la celebración del Centenario deben dirigirse a que esta gran fiesta lo sea de suprema concordia, donde nos honremos y amemos, poniendo, por cima de la discrepancia política de los diversos Estados, un sentimiento de familia y una común aspiración que en esfera más amplia nos identifiquen. Todo lo cual puede y debe tener un fin práctico inmediato, ya por el desarrollo de nuestro comercio material, que abra de nuevo antiguos mercados, hoy más llenos de gente, y desvele y aguijonee al aletargado genio de la industria española; ya por el trato y convivencia mental, que venga a hacerse más frecuente entre España y América, y que, conservando y aún consolidando la unidad de nuestra acción científica y literaria, le den vigor ubérrimo, y la hagan más variada por la diversidad de estados, climas y suelos, donde se emplee, y más distinta que hoy de las otras naciones, y más original también, merced a su indeleble sello castizo y a su marcado carácter propio. (Núñez, 2007: 148)

Atento a los ideologemas hispanistas, para Núñez los *Cantos de vida y esperanza* de Darío suscribirían la ideología conservadora del aparato peninsular. En la oda antiimperialista “A Roosevelt” (“Eres los Estados Unidos/ eres el futuro invasor/ de la América ingenua que tiene sangre indígena/ que aun reza a Jesucristo y aun habla en español”) la “ingenuidad” legitimaría la “tutela” espiritual de España, a quien América según el poema está unida por religión e idioma: “dos rasgos que en el discurso del hispanismo la convierten en una “extensión” del espíritu nacional español”. A su vez, el verso de “Los cisnes” ya citado, “Soy un hijo de América, soy un nieto de España”. resumiría y metaforizaría la estructura de relaciones tutelares. (Núñez, 2007: 142-143), la cual en otros discursos de la época se expresaba también a través de la invocación a la “juventud” de América. Núñez afirma que el señalamiento de la presencia de ideas propias del hispanismo no agota la lectura del poemario dariano, pero sí explica la posibilidad de reaprovechamiento que aún décadas después brindaban los “poemas españoles” de *Cantos de vida y esperan-*

za a escritores como Ramiro de Maeztu. Para ese entonces, Maeztu ya se encontraba muy lejos del socialismo al que adhirió en su juventud; era todavía el “vasco bravísimo y fuerte” sobre el que había escrito Darío el 17 de febrero de 1899; y era ya el escritor que la Falange convertiría en mártir de la España nacional. (Núñez, 2007: 149)

Algo semejante ocurriría con el *Ariel* de Rodó, cuyos hispanismo y latinismo fueron aprovechados por variados discursos nacionalistas y reaccionarios en Latinoamérica y, en el contexto de la Primera Guerra europea, por intelectuales latinoamericanos e hispanistas franceses en París. Como bien consigna Noël Salomon (1971), esa latinidad en que Francia ocupaba el papel más importante –el galicismo tan cuestionado sobre todo por Valera y Unamuno–, y que estaba inspirada en los más notables pensadores franceses, armonizados y diluidos por un temperamento receptivo y moderado como el de Rodó, servía para reavivar el sentimiento galo frente a los sajones.

Creo, sin embargo, que habría que distinguir la variada recepción que el *Ariel* ha tenido a lo largo del siglo XX, de las intenciones de Rodó (aunque él sin duda aprobaba el uso francés de *Ariel*), del mismo modo en que resulta oportuno diferenciar el aprovechamiento de Darío por la Falange de otras lecturas posibles de los *Cantos*. En este sentido, no parecen equivalentes las afiliaciones de los textos modernistas de aquellas de las políticas imperiales. Si bien la ‘ideología’ (‘sub-ideología’, diría Real de Azúa³) del Modernismo es dudosa cuando uno observa sus acciones en el ámbito político, en el plano cultural y en lo que hace a la búsqueda de independencia literaria frente a los modelos foráneos la intención es clara. En la figuración de Darío ‘nieta’ de España más bien se anula la posibilidad de tutela intelectual ya que, según esta estructura afiliativa, la ‘Madre Patria’ pasa a ser la Abuela del poeta. Condicionada por la vejez y la senilidad, España dejaría de ejercer influencias. La irreverencia de

³ Respecto de este punto, afirma el crítico uruguayo que es prácticamente imposible sostener que la obra y la acción modernistas hayan conformado una “ideología” o que “el contenido representacional que ellas contienen fuera capaz de desempeñar las funciones cognitivas (o interpretativas), estimativas y normativas que una ideología cumple. Cuando más, y eso con el refuerzo lateral del “arielismo”, pudo alcanzar a significar una sub-ideología de elevado nivel axiológico y expresivo pero no más”. (Real de Azúa, 1977: 52).

Darío se expresaba ya en las “Palabras Liminares” de *Prosas Profanas* donde el drama familiar era explícitamente traspuesto al de la tradición literaria: “el abuelo español de barba blanca” le señala a los más ilustres representantes del canon –Cervantes, Lope, Garcilaso, Quintana– y el atrevido nieto, quien pregunta por aquellos no tan reconocidos –Gracián, Teresa, Góngora, Quevedo– exclama también por Shakespeare, Dante, Hugo y, en su interior, “¡Verlaine...!” para terminar con la siguiente confesión: “Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra; mi querida de París”. (Darío, 1985: 180) En “El crepúsculo de España”, una de las crónicas escritas (al igual que “El triunfo de Calibán”) con motivo de la Derrota, Darío continúa utilizando el modelo afiliativo para aclarar su posición:

Parece que para poder estar de acuerdo con la civilización, para no ofender a la Becerra positivista, para ser un hombre del tiempo, es preciso alegrarse del sacrificio, y puesto que España nos dio la vida, hacer como ciertos distinguidos antropófagos: comérmola, por vieja y por inútil... No, yo no como España; y cuando miro al yanquee despedazándola, tengo el mal gusto de no regocijarme. (Darío, 1938: 163)

Poco podía la figura de la ‘vieja inútil’ metaforizar a una España hegemónica. El uruguayo Rodó, aunque sin las *boutades* darianas, tampoco suscribía la idea hispanista de la tutela intelectual cuando invocaba a la “Juventud” de América, a quien dedica su *Ariel*. Lejos de implicar una noción de ingenuidad o pasividad, ésta significaba una fuerza enérgica, heroica y activa contra las imposiciones foráneas. Volviendo a la recepción de Henríquez Ureña, se trataba de una *sana y noble* juventud que revirtiera “la creencia en un continente irremediabilmente *enfermo*”. A este respecto, resulta interesante encontrar en el intercambio epistolar entre Rodó y Unamuno el uso de tropos filiales afines. El uruguayo, como suele ser frecuente en su correspondencia –donde, acosado por la desesperanza, se quita la máscara del Maestro– se queja de la falta de iniciativas y estímulos y duda de las potencialidades intelectuales de América, a lo que Unamuno responde: “¡Qué exacto lo que me dice de que España es anciana y América infantil! Hay que trabajar”. (Rodó, 1957: 1307) El trabajo de Rodó estaba dirigido precisamente a transformar el infantilismo en *juventud*; para ello, los vínculos con España resultaban

esenciales. Del mismo modo, a partir del Desastre, los españoles trabajarían para revertir la ancianidad y regenerar la literatura de España, incitados por el movimiento hispanoamericano. Modernismo y 98, ambos en busca del crédito intelectual.

2. *La Tempestad* del Modernismo: un (pre) texto para la religación ante la derrota de España

En el Archivo Rodó perteneciente a la Biblioteca Nacional de Montevideo, se encuentra el siguiente mensaje dirigido al escritor uruguayo por la “Casa Puigros y Cía”.

Muy señor nuestro: Por intermedio del amigo Serrano nos permitimos mandarle una latita de aceite de oliva que distinguimos con la marca “Ariel”. El hecho de adoptar como marca el símbolo de “Ariel”, que nos fue sugerido por su celebrada obra, nos obliga a distinguir con ella solamente aquellos productos que por su bondad y pureza responden al alto significado de dicha marca. (cit. en Real de Azúa, 1976: XXXIII).

Si bien se ignora cuál pudo haber sido la reacción de Rodó ante semejante empresa comercial, no hay duda de que el mismo uruguayo había intentado hacer de su opúsculo *Ariel* (1900) una marca, y aun más, un producto de exportación que no sólo circulara por Latinoamérica sino también por Europa, sobre todo por España. Y en efecto, como consigna Carlos Real de Azúa, destacado crítico de Rodó, *Ariel* fue “uno de los primeros, auténticos éxitos de una literatura latinoamericana que comenzaba a cobrar conciencia de su unidad” (1976: XX). Que la conciencia de la unidad de la literatura latinoamericana no sólo implicaba el reconocimiento de aspectos identitarios comunes (reflejados en las afiliaciones a lo hispano y a lo latino) sino el proyecto compartido de colocar los productos literarios en el mercado mundial de las letras, resulta bastante claro a cualquiera que repase los programas de los escritores del Modernismo (“Ser el vínculo que haga una y fuerte la idea americana en la universal comunión artística” se proponían en la *Revista de América*

(1894) Darío y Jaimes Freyre⁴), y más evidente aún resulta a quien se sumerja, sobre todo, en sus epistolarios o escritos más circunstanciales. No se trataba, claro, de una tarea fácil, en el contexto de un mercado apenas incipiente en las principales capitales de Latinoamérica y carente de verdaderas redes de distribución. Se sabe que el éxito de *Ariel* se debió a la infatigable actividad de difusión de Rodó, “literalmente apostólica” en palabras de Real de Azúa (1976: XX). Fue como parte de la propaganda de *Ariel* que, de hecho, Rodó estableció sus contactos con Unamuno en 1900, aprovechando que anteriormente Darío le había hecho llegar al español el opúsculo que Rodó le había dedicado a *Prosas profanas* en 1899, y sobre el cual Unamuno ya se había expedido (Rodó, 1957: 1300).⁵ Real de Azúa explica que:

hasta que las grandes editoriales de alcance euroamericano, es decir, dotadas de una adecuada red de distribución en todo el continente, tomaron a su cargo la tarea –en el caso de *Ariel* fue primeramente y desde 1908 el sello valenciano de Sempere–, hasta ese momento Rodó debió asumir por sí mismo el ensanchar el íntimo radio de difusión con que podía contar una edición uruguaya. (1976: XX).

La voluntad de crear un circuito de literatura latinoamericana, y de autorizar a ésta para que compitiera en pie de igualdad con la literatura peninsular en un mercado común de textos en español, se evidencia en la labor de respaldo mutuo emprendida por los modernistas desde un principio como críticos literarios en la prensa periódica masiva o en sus propias revistas de menor circulación, o como prologuistas de las obras editadas en libro de sus coetáneos. Según la edición de José Jirón Terán (2003) de los prólogos de Darío, aquellos dedicados a libros escritos por

⁴ Ver “Nuestros propósitos”, *Revista de América*, Nº 1, Buenos Aires, 18-8-1894 (recopilado en Gullón, 1980:47-48).

⁵ El comentario de Unamuno sobre el opúsculo de Rodó se incluía en “Una aclaración (Rubén Darío, juzgado por Unamuno)”, publicado en *El Sol*, Buenos Aires, 8-VII-1899, pp. 83-88. Allí Unamuno expresaba sus diferencias con Rodó en torno de la cuestión del “americanismo” (o “anti-americanismo”) de Darío y del supuesto juicio del uruguayo de que Darío no era “el poeta de América” –una verdadera controversia que amerita aún hoy una revisión de la serie cruzada de comentarios y malentendidos entre Rodó, Darío y Unamuno. Volviendo a lo que aquí nos interesa, que es el establecimiento del intercambio epistolar, a Unamuno el estudio de Rodó le parecía, pese a los reparos, “de positivo valor” (Unamuno, 1961: 85).

sus “correligionarios” superaron la cuarentena. La indiscutible posición del nicaragüense como líder de la nueva corriente a ambos lados del Atlántico se revela en el hecho de que muchos de estos textos fueron en realidad incluidos a modo de prefacio por editores y libreros para que el prestigio de Darío favoreciera sus ventas. Por otra parte, varios de estos prólogos fueron dedicados a españoles, lo que indica la firme voluntad del nicaragüense de fortalecer las redes intelectuales entre España y Latinoamérica. A su vez, los modernistas eran conscientes de que el apoyo de los españoles a sus obras redituaba en mayores ventas: como consigna Eugenio Petit Muñoz, sólo se habían vendido 60 ejemplares de *Ariel* hasta que Leopoldo Alas lo consagró (1967: 87). Se volvió clave entonces el envío de obras entre los escritores latinoamericanos entre sí y, sobre todo –como se desprende del caso ejemplar de *Ariel*– entre éstos y los españoles. Motivados sin duda por la creencia en “la lectura eurocentrista como la verdadera y consagratoria” (Rama, 1995: 49), los latinoamericanos conocían las consecuencias prácticas de esa lectura, ya que las grandes editoriales de alcance euroamericano eran, como el sello Sempere, precisamente europeas. En su juicio sobre las “Letras dominicanas”⁶, Darío podía alegrarse de que hubiera a principios del siglo XX un mayor intercambio de ideas entre los españoles y los hispanoamericanos y de que se quebrara el aislamiento entre éstos últimos:

Se comunican los propósitos y las aspiraciones. Se cambian los estímulos. Hay muchas simpatías trocadas y muchas cartas. Los imbéciles no evitan el afirmar: sociedad de elogios mutuos. No se hace caso a los imbéciles. Los libros y las cartas se siguen trocando. (Darío, 1950 t. I: 505).

En 1898 Darío es enviado a España como corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires para testimoniar las consecuencias del “Desastre” de la pérdida de las últimas colonias:

“voy a España en una nave latina” –afirma– “De nuevo en marcha, y hacia el país maternal que el alma americana –americano-española– ha de saludar siempre con respeto, ha de querer con cariño hondo. Porque si ya no es la última poderosa, la dominadora imperial, amarla el doble; y si está herida, tender a ella mucho más”. (Darío, 1950 t. III: 17).

⁶ “Letras Dominicanas”, publicado luego en *Letras* (1911), Darío, 1950 t. I, 504-511.

Como hemos apuntado, las conflictivas afiliaciones modernistas al hispanismo o al latinismo permitían también relocalizaciones estratégicas tendientes a alcanzar reconocimiento, autonomía e independencia. Según el discurso de Juan Valera con motivo del IV Centenario, el propio Hispanismo explicitaba el “fin práctico inmediato” de la afiliación: “ya por el desarrollo de nuestro comercio material”, ya por “la unidad de nuestra acción científica y literaria” (la cual, claro está –por más ropajes de desinterés– también implicaba el “comercio material”). Las inculpaciones al Modernismo por sus autorrepresentaciones identitarias, sin embargo, siguen siendo frecuentes; el crítico Carlos Jáuregui las reiteraba hace pocos años: “el discurso elitista de la *crisis finisecular* no pensó la época fuera del antipragmático y aristocrático manifiesto de la *latinidad*” (2005: 499). Al acudir al latinismo, los modernistas “acudían a una idea racista, de factura francesa y paradójicamente diseñada en el proceso de constitución del *botín americano* que se disputaban potencias como Inglaterra, Francia y Los Estados Unidos”. (Jáuregui, 2005: 500). Es cierto, como explica Jáuregui, que el *Panlatinismo*, cuyo principal portavoz fue Michel Chevalier (1806-1879), estaba ligado desde la segunda mitad del siglo XIX a los intereses de la política exterior francesa que quería colocarse al frente de los países latinos y hacer contrapeso a las “naciones anglosajonas”. Pero esta lectura, que se remonta a los orígenes imperialistas del concepto de “América Latina” siguiendo el estudio pionero de John Phelan (1968) (“Pan-latinism, French intervention in Mexico (1861-1867) and the genesis of the idea of Latin America”) soslaya el hecho fundamental y oportunamente destacado por Esther Aillón (2004), de que la difusión del nombre ‘América Latina’ en el París de mediados del XIX se debió tanto al gobierno francés como a los intelectuales latinoamericanos que allí residían, respondiendo a intereses generalmente no coincidentes.⁷ Así, mientras en el caso del gobierno francés el objetivo estaba claramente dirigido a un interés neocolonial del régimen de Napoleón

⁷ Aimer Granados García (2004) sugiere que el soslayo se debe probablemente a la influencia del texto de Phelan en la historiografía latinoamericana. El texto se publicó originalmente en inglés en *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O’Gorman* (México, UNAM, 1968), luego en español en *Latinoamérica. Anuario de Estudios Latinoamericanos*, 2, México, UNAM, 1969, y tuvo reimpresiones; lo cual sería una prueba de que su hipótesis central (según la cual el nombre de América Latina es un producto exclusivo del expansionismo francés) fue tomada como cierta por mucho tiempo (2004: 41).

III y era una “estrategia para mejorar la posición de Francia entre los imperios europeos y sobre las nuevas entidades soberanas de América” (Aillón, 2004: 100), en el caso de los latinoamericanos, por el contrario, gravitaba una preocupación de índole continental identitaria por nombrar una región que había logrado relativa independencia en el contexto mundial: era, como puntualiza Aillón, una “estrategia de reconocimiento frente a las naciones europeas y en oposición a Norteamérica” (2004: 72) que además servía para desdibujar en este entonces la afiliación con lo español. Es igualmente cierto que, sobre todo después del fracaso de la intervención en México, París se consagró como la/ el capital cultural faro de las élites de la región, afianzando una francofilia de larga herencia: los latinoamericanos encontraron allí el modelo civilizador, central en la conformación de los estados nacionales latinoamericanos (Aillón, 2004:101). Pero pocos modernistas estuvieron más alejados de posiciones nacionalistas estrechas que Darío y Rodó. La “patria intelectual” que era Francia en el fin de siglo XIX está claramente atravesada por sus visiones cosmopolitas, americanistas, periféricas.⁸ Y éstas, al igual que el aristocratismo y el elitismo tan mentados, respondían mayormente a estrategias de autorización para alcanzar reconocimiento y dar valor a discursos cuya función y destino el sistema capitalista mercantil ponía en suspenso. Darío afirma en *Dilucidaciones* (1907) que “aristos” “significa, sobre todo, independientes” (Darío, 1985: 302) sin duda consciente de que alcanzar la independencia literaria no era (sólo) un fin en sí mismo, era también un medio para alcanzar independencia económica. Bien habían aprendido los modernistas la lección utilitaria del nuevo sistema económico, o, en términos de Max Weber, la racionalidad de los fines del Capitalismo: además de la demanda de una función en la sociedad burguesa, el mercado en expansión exigía de los productos latinoamericanos una identidad propia, una marca, un estilo. Para los modernistas, para Darío y Rodó, fueron sin duda el latinismo y especialmente la apropiación consciente de lo francés un necesario subterfugio para diferenciarse del anquilosado modelo español, descolonizar la lengua

⁸ Ver, si no, la visión de París que ofrece Darío en la “Epístola a la señora de Leopoldo Lugones” (1906): “Y me volví a París. Me volví al enemigo/ terrible, centro de la neurosis, ombligo/ de la locura, foco de todo *surmenage*/ donde hago buenamente mi papel de *sauvage*”. (Darío, 1985: 345)

literaria y el pensamiento heredero de la tradición colonial. A su vez, cuando el 98 evidenció que España había dejado de ser “la dominadora imperial” (como expresaba Darío a bordo de su “nave latina”) y que el hispanismo se volvía cada vez más inofensivo para los latinoamericanos, y mientras el nicaragüense se consolidaba como el gran renovador de las letras en España, la unión con la antigua ‘Madre Patria’ sólo podía generar beneficios. Así lo vislumbra Darío en sus crónicas para *La Nación* que conformarían luego *España contemporánea* (1901). En el envío del 4 de enero de 1899, a pocos días de que en París se firmara “el tratado humillante en que la mandíbula del yanqui quedó por el momento satisfecha después del bocado estupendo” (Darío, 1950, t. III: 41) y luego de asombrarse de la poca resonancia que tuvo en Madrid la “caída” de España, Darío comprueba que la única esperanza de cambio puede venir “de fuera y que entra por la ventana que se han atrevido a abrir en el castillo feudal unos pocos valerosos” de las nuevas generaciones (1950, t. III: 46). El patetismo de la decadencia intelectual española en la descripción ofrecida por Darío roza ciertamente lo cómico:

He buscado en el horizonte español las cimas que dejara no hace mucho tiempo, en todas las manifestaciones del alma nacional; Cánovas, muerto; Ruiz Zorrilla, muerto; Castelar, desilusionado y enfermo; Valera, ciego; Campoamor, mudo; Menéndez Pelayo... No está, por cierto, España para literaturas, amputada, doliente, vencida... (Darío, 1950, t. III: 42)

En relación con este panorama, Darío se reconoce en una posición de privilegio:

Mal o bien, por obra de nuestro cosmopolitismo, y, digámoslo, por la audacia de los que hemos perseverado, se ha logrado en el pensamiento de América una transformación que ha producido, entre mucha broza, verdaderos oros finos, y la senda está abierta” (1950, t. III: 45).

La metáfora de los “oros finos” llama la atención en un texto que líneas más abajo recuerda a los lectores de *La Nación* que en España “hay quienes se acuerdan de que existimos unos cuantos millones de hombres de lengua castellana y de raza española en ese continente” para aconsejarles sobre las conveniencias del intercambio comercial entre España y Argentina:

la Sociedad Rural de Buenos Aires podría hacer el ensayo, enviando en limitadas cantidades la carne conservada (...) España enviaría sus lienzos, sus sederías, sus demás productos que allí tendrían colocación; no habría en ningún viaje el inconveniente del falso flete. (...) Tales formas de relación entre España y América serán seguramente más provechosas, duraderas y fundamentales que las mutuas zalemas pasadas de un iberoamericanismo de miembros correspondientes de la Academia, de ministros que taquinan la musa, de poetas que “piden” la lira. (Darío 1950 t. III: 48-49)

La contigüidad entre productos pecuarios y literarios es elocuente. Aún más, la recomendación de Darío de dejar atrás la zalamería diplomática y lo que ésta implicaba en el ámbito ya no agrícola-ganadero sino específicamente literario: regencia de miembros de la Academia, ministros que –según el galicismo de Darío– le toman el pelo a la musa, poetas por encargo... No hay duda de que cuando Darío piensa en los beneficios de promover la exportación de carne argentina, pues así la mayoría del pueblo español “comería carne sana y nutritiva” (1950, t. III: 48), también tiene en mente los “verdaderos oros finos” que su generación estaba produciendo –la metáfora sólo encubría la firme voluntad del nicaragüense de invertir la lógica del intercambio comercial y colocar en la España que ya no estaba “para literaturas” los productos manufacturados por la también *sana y noble juventud* latinoamericana. Darío parecía haber captado la lección hispanista de Valera, según la cual los miembros de la familia unida por “lengua” y “raza” podían devenir buenos socios comerciales. Que el “latino” o “hispano” americanismo promovido por Darío era –antes que propaganda de dudosas políticas identitarias– resultado de la preocupación del escritor por alcanzar un grado de profesionalización que hiciera viable el ejercicio de las letras en las sociedades latinoamericanas, se evidencia también en una crónica posterior de 1913 enviada desde París a *La Nación* y titulada precisamente “La producción intelectual latinoamericana”. Allí Darío, luego de quejarse de que los gobiernos de la región no se ocuparan de las relaciones intelectuales, exceptuando la nota “plausible de los congresos de estudiantes”, aclara que las conferencias panamericanas no han sido eficaces, porque se ha discutido la propiedad literaria pero antes es necesario buscar los medios “para tener este vasto mercado con el cual llegaríamos a tener las tiradas de autores norteamericanos.

(...) ¿Ha aprovechado Manuel Ugarte su viaje continental para hacer algo al respecto?” (1968: 348) pregunta finalmente Darío –quien en su *Autobiografía* calificaba al argentino como un “notable escritor” que “ha encontrado su vía en la propaganda del hispanoamericanismo frente al peligro yanqui” (1950, t. I: 159).

Es cierto que también Darío en “El triunfo de Calibán” (1898) y Rodó en *Ariel* (1900) habían propagado el hispanoamericanismo frente al yanquismo en el contexto del 98, a través de sus apropiaciones de las figuras de *La tempestad* shakespeariana, mediadas por la lectura latinista del francés Renan o por la de su más autorizado representante en el Río de la Plata: Paul Groussac.⁹ Pero afirmar que la crónica de Darío “El triunfo de Calibán” “hacía causa común con la política exterior española”, como afirma Jáuregui (2005: 503) soslaya que Darío siempre tuvo una mirada crítica respecto de España, la cual al final de la crónica ya citada de Madrid lo llevaba a justificar sus visiones negativas en el hecho de que *La Nación* lo había enviado a “que diga la verdad” y a aclarar, contra las entendibles sospechas de los lectores, que ello no implicaba ninguna falta de afecto hacia España: “He probado mis simpatías, de manera que no admite el caso discusión” (Darío, 1950, t. III: 51). Por otro lado, la idea de que Darío “hacía causa común” con España soslaya también que, en esa coyuntura (y amén de que el nicaragüense no defendiera tan vehementemente –como Jáuregui quisiera– la libertad de Cuba en “El triunfo de Calibán”), las simpatías de los centroamericanos como Darío (conocedores de cerca del expansionismo yanqui) no podían no estar con España en el rechazo de la política exterior norteamericana (“Porque si ya no es la última poderosa, la dominadora imperial, amarla el doble; y si está herida, tender a ella mucho más”, decía Darío). Después de todo, la unión hacía la fuerza, y el accionar de Estados Unidos en Cuba

⁹La crónica “El triunfo de Calibán” (1898) de Rubén Darío fue publicada en el periódico porteño *El Tiempo* (reproducida en Caracas, en *El Cojo Ilustrado*, el 1 de octubre de 1898, y recogida por E.K. Mapes en 1938) y reelabora, al igual que su anterior semblanza “Edgar Allan Poe” de *Los raros* (1896) y el *Ariel* (1900) de Rodó, las referencias a lo calibanesco de Paul Groussac en su crónica “Chicago: la ciudad y la exposición” incluida en *Del Plata al Niágara* (1897) y en su posterior discurso “Por España”, pronunciado en el Teatro Victoria, Buenos Aires, el 2 de mayo de 1898 (publicado luego en *La Biblioteca*). A su vez, estas apropiaciones tenían como antecedentes los *Dramas filosóficos* del francés Ernest Renan: *Caliban. Suite de La Tempête* (1878) y *L'eau de Jouvence. Suite de Caliban* (1880).

confirmaba más que nunca los temores siempre expresados por Darío de que el Monstruo del Norte resultara más peligroso para Latinoamérica que cualquiera de las demás potencias imperiales. Por último, la visión de un Darío afín a los intereses de la oligarquía argentina (Jáuregui, 2005: 504) en “El triunfo de Calibán” no tiene en cuenta que la protesta del nicaragüense, como la de Rodó en *Ariel*, se enunciaba desde otros espacios que no eran los de la política estatal o las instituciones oficiales –lo que ocurriría con la apropiación del hispanismo para los festejos del Centenario de 1910¹⁰– pero que ciertamente tensionaban su autonomía.¹¹ Darío escribe su crónica para el periódico (pocas crónicas de Darío son tan atractivas y tan efectivas desde el punto de vista retórico), y se hace eco de la protesta más oficial, organizada por el Club Español el 2 de mayo de 1898, de las “naciones latinas” representadas en el francés Groussac, el italiano Tarnassi y el siempre defensor de los derechos la-

¹⁰ En el Centenario, como ha afirmado Beatriz Colombi, España se vuelve baluarte del nacionalismo argentino (2004: 131). La autora analiza esta nueva coyuntura siguiendo la noción de Oscar Terán del “dispositivo hispanista” como un desprendimiento de lo que José Luis Romero llamó el “nacionalismo latino” y el cual obedeció a un “operativo re-hispanizante” llevado a cabo por la generación del 98. Este dispositivo fue puesto en funcionamiento, con variadas modulaciones, por Ricardo Rojas, Manuel Gálvez y Manuel Ugarte, entre otros. (Colombi, 2004: 132). Resulta pertinente recuperar, de paso, los comentarios de Colombi sobre las crónicas de Darío, ya que apoyan nuestra línea de lectura: “Frente a esta España desarticulada (pero no agónica) América se dimensiona como una vanguardia moderna donde el proceso de innovación estética no solo ha sido previo sino también autónomo”; “El viajero americano pasa los límites del observador, para situarse como mediador y organizador de las nuevas corrientes estéticas frente a los resabios de realismo, naturalismo y academicismo”. (2004: 126).

¹¹ En este sentido, según Rafael Gutiérrez Girardot las crónicas de Darío son sintomáticas del “proceso de profesionalización del escritor en los países de lengua española, de su sometimiento a la ley de oferta y demanda, sin el cual la existencia del escritor resultaría incompatible con las exigencias de “profesionalización” estética, es decir, de rigurosidad y de cálculo en la elaboración poética que postulaba el Modernismo”. Respecto de *España contemporánea* Darío buscó, sin embargo, “una conciliación entre la información cuantitativa y el trabajo mental, de reflexión”, la cual le impidió escribir un verdadero “libro de viaje” (según un modelo canónico como el *Viaje a Italia* (1816-1817) de Goethe). De hecho, aclara Gutiérrez Girardot, el libro no es –como suele pensarse– “un vasto panorama o retablo histórico de la España finisecular” sino “un testimonio de la apropiación de Madrid”. (2007: 188). Esto puede además explicar, en la crónica enviada desde Madrid que hemos estado comentando, la inclusión del dato/ consejo ‘comercial’ agrícola-ganadero en un texto que reflexiona sobre lo que obviamente interesaba más a Darío: la situación intelectual, cultural y artística y, particularmente, las cuestiones literarias.

tinoamericanos contra la Doctrina Monroe, Roque Saénz Peña. Aún así, Darío hace un desvío importante, oportunamente destacado por Beatriz Colombi, y que consiste en la incorporación de la figura revolucionaria de Martí.¹² Dice Darío:

Sólo una alma ha sido tan previsora sobre este concepto, tan previsora y persistente como la de Sáenz Peña: y esa fue –¡curiosa ironía del tiempo!– la del padre de Cuba libre, la de José Martí. Martí no cesó nunca de predicar a las naciones de su sangre que tuviesen cuidado con aquellos hombres de rapiña, que no mirasen en esos acercamientos y cosas panamericanas, sino la añagaza y la trampa de los comerciantes de la *yanquería*. ¿Qué diría hoy el cubano al ver que so color de ayuda para la ansiada Perla, el monstruo se la traga con ostra y todo? (Darío, 1938: 161)

Para Jáuregui éstos son solo “golpes de pecho” poco creíbles, en tanto la defensa de España sería “un alegato contra Cuba y la herencia política de Martí” (2005: 502). Sin embargo, la misma inclusión del cubano en el contexto de una defensa de España y su encomio frente al decadente imperio podía generar cierto malestar, sobre todo puesto que, por la negativa y mediante un diálogo imaginario, Darío no dejaba de calificar a España en los mismos términos en que lo había hecho Martí: “fanático curial”, “pedantón”, “dómine infeliz”, “desdeñoso de la América que no conoce” (Darío, 1938: 162). Que estas adjetivaciones no hacían “causa común” con España parece confirmarse en el hecho de que “El triunfo de Calibán” al ser reproducido en Madrid fue “mutilado”, como relata el mismo Darío en una crónica posterior enviada desde España.¹³ Hacia el final de “El triunfo de Calibán”, el nicaragüense explicitaba la

¹² Para Carlos Jáuregui en “El triunfo de Calibán” Darío suscribe la visión de Paul Groussac (la cual era efectivamente más afín a los intereses de la oligarquía argentina). Colombi, sin embargo, explica el desvío de Darío respecto del franco-argentino del siguiente modo: “si coinciden en la visión calibanesca y en la identidad ‘latina’ que ambos esgrimen, se separan en cambio en la consideración de España, de Cuba y del mismo Martí”; Groussac consideraba al cubano poco más que un iluso y la independencia de Cuba una idea prematura, mientras Darío recupera en la crónica la imagen revolucionaria de Martí (Colombi, 2004: 101-102).

¹³ En “La Joven Literatura”, escrita el 3 de marzo de 1899 e incluida luego en *España contemporánea*, dice Darío, en el contexto de sus comentarios sobre la censura sufrida por el diario madrileño *El País*, que “El triunfo de Calibán” fue curiosamente “mutilado, en *El País*” (diario republicano y de oposición) “y dado intacto en *La época*” (de tendencia monárquica y conservadora). (Darío, 1950, t. III: 110).

función de España y de la protesta frente al imperio yanqui en el imaginario modernista:

Y yo que he sido partidario de Cuba libre, siquier fuese por acompañar en su sueño a tanto soñador y en su heroísmo a tanto mártir, soy amigo de España en el instante en que la miro agredida por un enemigo brutal, que lleva como enseña la violencia, la fuerza y la injusticia.

“Y usted ¿no ha atacado siempre a España?” Jamás. España no es el fanático curial, ni el pedantón, ni el dómine infeliz, desdeñoso de la América que no conoce; la España que yo defendiendo se llama Hidalguía, Ideal, Nobleza; se llama Cervantes, Quevedo, Góngora, Gracián, Velázquez; se llama el Cid, Loyola, Isabel; se llama la Hija de Roma, la Hermana de Francia, la Madre de América. (Darío, 1938: 162)

Efectivamente, esa visión idealista de España se cruzaba con la ideología del Hispanismo que estaba también presente en el *Ariel* de Rodó¹⁴, y no era, como Jáuregui y muchos otros han señalado, fruto de un análisis agudo del fenómeno del imperialismo europeo. Como bien destacó Real de Azúa, lo español, al igual que lo indígena en el Modernismo, por lo general no pasaba de ser un trasfondo decorativo “sin mucha mayor función que justificar el orgullo de lo diferencial”; la búsqueda de identidad de los modernistas fue elogiada aunque descaminada, en tanto también dignificaba con buena conciencia “el latente blanquismo de los niveles altos latinoamericanos” que se cohonestaba con el racismo biologicista presente en el pensamiento latinoamericano desde el romanticismo (1977: 48). Pero fue quizá esa condenable invocación a la “raza” (concepto que se comenzó a abandonar por el anti-positivista de “espíritu”, más cercano al de “cultura”) hispano o latinoamericana la que aunó a los modernistas en fines concretos, algunos dignos de destacar. En principio, porque la defensa de esa identidad propia discutía los diagnósticos pesimistas sobre el continente, tanto los positivistas sobre la

¹⁴ Aunque –como señalé en el primer apartado de este trabajo–, no comparto totalmente las conclusiones que extrae el ya citado César Núñez de su análisis de los tropos identitarios en los textos modernistas, remito a su muy interesante artículo “Un porvenir cargado de pasado: la España eterna de Rubén Darío” para más detalles sobre el modo en que la representación idealista de Darío (y de Rodó) “era factible de ser puesta en coherencia con el discurso del hispanismo”, por ejemplo, de Unamuno (Núñez, 2007: 141).

incapacidad de lo mestizo, como los que hacia el fin de siglo presagiaban en Europa el triunfo de lo sajón o lo eslavo y la decadencia latina, que en Latinoamérica se confirmaba en cierta medida con el desenlace del 98. De allí que el mensaje de *Ariel* a la juventud resultara tan convocante para los latinoamericanos: el pesimismo era revertido por Próspero en un “optimismo paradójico”, pues “muy lejos de suponer la renuncia y la condenación de la existencia”, propagaba, “con su descontento de lo actual, la necesidad de renovarla” (Rodó, 1957: 207). Así, la defensa arielista de lo hispano o latino ante el “triunfo de Calibán” (que implicaba un desvío de la visión racista y negativa de Groussac en *Del Plata al Niágara*, 1897) ofrecía un anclaje histórico y geopolítico al imaginario latinoamericanista y religador del Modernismo y promovía la valoración de la lengua propia en el concierto universal de voces, revirtiendo el secular complejo de inferioridad: “Nos miran, desde la torre de sus hombros, a los que no nos ingurgitamos de bifés y no decimos *all right*, como a seres inferiores” afirmaba Darío en su crónica del 98 (1938: 160).

Pero también, ante el incipiente reconocimiento del *valor* de los latinoamericanos para contrarrestar la idea de un “español moribundo”, la inflexión identitaria y religadora de las versiones modernistas de *La Tempestad* permitía nuevas relaciones con España, diferentes de los hispanismos anteriores (y posteriores) pues intentaba sintonizar Hispano-américa con las modernas corrientes literarias y la ola espiritualista europea. Esta nueva búsqueda, que concordaba en el nivel simbólico con el idealismo y el ansia de renovación de los propios españoles ‘derrotados’, no sólo reforzaría el prestigio de Darío en la península y, aunque en menor grado, también el de Rodó, sino que serviría a fortalecer los niveles más materiales del intercambio para que la literatura latinoamericana también se convirtiera –como la carne argentina y el aceite de oliva “Ariel”– en un producto sano y nutritivo, eventualmente exportable.

Bibliografía

- AILLÓN, ESTHER, 2004. “La política cultural de Francia en la génesis y difusión del concepto *l'Amérique latine*, 1860-1930”, en *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual siglos XIX y XX*, A. Granados y C. Marichal (comps.), México: El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 71-105.

- COLOMBI, BEATRIZ, 2004. *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina. (1880-1915)*, Rosario: Beatriz Viterbo.
- DARÍO, RUBÉN, 1938. *Escritos inéditos de Rubén Darío*, recogidos de periódicos de Buenos Aires y anotados por E.K. Mapes, New York: Instituto de las Españas en los Estados Unidos.
- , 1950. *Obras Completas*, tomos I – III, Madrid: Afrodisio Aguado.
- , 1968. *Escritos dispersos de Rubén Darío (recogidos de periódicos de Buenos Aires)*, t. I, Estudio preliminar, recopilación y notas de Pedro Luis Barcia, advertencia por Juan Carlos Ghiano, La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, U.N.L. P.
- , 1985. *Poesía*, Prólogo de Ángel Rama, edición de Ernesto Mejía Sánchez, cronología de Julio Valle-Castillo, Caracas: Biblioteca Ayacucho. (Segunda edición).
- GRANADOS GARCÍA, AIMER, 2004. “Congresos e intelectuales en los inicios de un proyecto y de una conciencia continental latinoamericana, 1826-1860”, en *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual siglos XIX y XX*, A. Granados y C. Marichal (comps.), México: El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 39-69.
- GULLÓN, RICARDO, 1980. *El modernismo visto por los modernistas*, Barcelona: Guadarrama.
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, RAFAEL, 2007. “Rubén Darío y Madrid” en *La protesta de los cisnes. Coloquio sobre Cantos de vida y esperanza de Rubén Darío (1905-2005)*, Enrique Foffani (comp.), Buenos Aires: Katatay, 187-203.
- HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO, 1978 [1905]. “Ariel”, en *La utopía de América*, Rafael Gutiérrez Girardot y Ángel Rama (comps.), Caracas: Biblioteca Ayacucho, 326-331.
- JÁUREGUI, CARLOS, 2005. *Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*, Córdova (España): Fondo Casa de las Américas.
- JIRÓN TERÁN, JOSÉ (ed.), 2003. *Prólogos de Rubén Darío*, Managua: Academia Nicaragüense de la Lengua.
- NÚÑEZ, CÉSAR A., 2007. “Un porvenir cargado de pasado: la España eterna de Rubén Darío” en *La protesta de los cisnes. Coloquio sobre Cantos de vida y esperanza de Rubén Darío (1905-2005)*, E. Foffani (comp.), Buenos Aires: Katatay, 133-152.

- PETIT MUÑOZ, EUGENIO, 1967. "El maestro de la juventud de América", *Cuadernos de Marcha*, N° 1, Montevideo, mayo 1967, 81-92.
- RAMA, ÁNGEL, 1995. *La ciudad letrada*, Montevideo: Arca.
- REAL DE AZÚA, CARLOS, 1950. "Ambiente espiritual del Novecientos", *Número*, 6-8, Montevideo, enero-junio 1950, 15-36.
- , 1976. "Prólogo a *Ariel*" en José Enrique Rodó, *Ariel. Motivos de Proteo*, ed. y cronología de Ángel Rama, Caracas: Biblioteca Ayacucho, IX-XXV.
- , 1977. "El modernismo literario y las ideologías", *Escritura. Teoría y crítica literarias*, n° 3, Año III, Caracas, enero-junio 1977, 41-75.
- RODÓ, JOSÉ ENRIQUE, 1957. *Obras Completas*, Introducción, prólogo y notas por Emir Rodríguez Monegal, Madrid: Aguilar.
- SALOMÓN, NOËL, 1971. "L'auteur d' *Ariel* en France avant 1917", *Bulletin hispanique*, Bordeaux, T. 73 (1971), Nr. 1/2, 11-30.
- UNAMUNO, MIGUEL DE, 1961. *Letras de América y otras lecturas, Obras Completas, T. VIII*, Manuel García Blanco (ed.), Madrid: Afrodisio Aguado.
- ZANETTI, SUSANA, 1994. "Modernidad y religación: una perspectiva continental (1880-1916)" en *América Latina, palabra, literatura e cultura*, Ana Pizarro (org.), Vol. 2, Campinas: Editora de Unicamp, 491-534.